



CAPÍTULO IX.

I.

GUERRA DEL REY CON EL PAPA PAULO IV.

FUÉ este Sumo Pontífice natural de Nápoles, de muy noble estirpe, y mostró al mundo en el discurso de su vida mucho celo en defender los derechos de la Iglesia. Sus méritos en saber y virtudes le pusieron en la cabeza la mitra episcopal. Gobernó con acierto el Arzobispado de Chieti, en latín Theati, por donde se le llamó más tarde el Cardenal Teatino, y á los regulares que fundó *teatinos*. Fué su nombre, antes de ser Papa, Juan Pedro Carafa, miembro de aquella familia prepotente de Italia, que se conoce por el mismo apellido. Sucedió en el Pontificado, siendo ya octogenario, á Marcelino II, varón de raras virtudes. Corria entonces el año 1555. Con la carga tremenda de Pastor universal, no se abatió en tan avanzada edad, sino que por testimonio general adquirió singular aliento y fortaleza para regir espiritualmente el orbe católico y defender los intereses santos y temporales de la Iglesia. Mostró entonces, como nunca, severidad en obras y mandatos. Anduvo al principio de su Pontificado en buenas relaciones con Felipe II, quien precisamente en aquel mismo año había tomado las riendas de sus vastísimos Estados. Todos recuerdan, cómo por súplica de este mismo Rey Católico, creó

Paulo IV nada ménos que catorce obispados en los Países Bajos, concediendo al Soberano derecho de presentación ¹.

Dícese que no faltaron, por desgracia, al Pontífice romano consejeros de poco tino, ménos prudencia y sobrada envidia á la prepotencia entonces casi ilimitada de la nación española. Sus deudos, los Carafas, se dieron buena traza para inspirar al anciano Vicario de Cristo recelos y hasta odio contra España. Tornóse de este modo Paulo IV de alborotada condición, exacerbándose mucho cuando se le hablaba del Rey español y de su grandeza. Advertían, al propio tiempo, cuantos le rodeaban su predilección apasionada por las cosas de Francia. No veía que con tales preferencias mostraba ingratitud con la nación española; porque, como dice bien Salazar de Mendoza, había comido pan de sus reyes al ser un día Capellán mayor de las reales capillas de D. Fernando el Católico y de su nieto D. Carlos, emperador. Era señalado el empeño que tenía por arrancar á la corona de España el reino de Nápoles y dárselo como florón riquísimo á los monarcas de Francia. Hubo de mostrarse tan propicio é inclinado á los franceses, que su cronista, Papirio Masson, escribió «tener el pecho sembrado de lirios ardientes» ².

Los historiadores de aquel tiempo enseñan que los sobrinos del Sumo Pontífice, engreídos con las vanidades y regalos del mundo, se ofrecían á los ojos de todos por demás odiosos é

¹ Vouters. *Historiæ Ecclesiasticæ compendium*, tomo II, pág. 151: Nápoles, 1862. El P. Fr. Fernando de Camargo y Salgado, en su *Cronología Sacra*, folio 303, vuelto: Madrid, 1642.

² *Monarquía de España*, por Salazar de Mendoza, tomo II (manuscrito), lib. 4.º, conservado en la Biblioteca del Cabildo de Toledo.

Según la Relación de Bernardo Navajero, el Papa Paulo en su mucho amor á la independendencia de Italia decía: «que de no poner diques al Emperador y al Rey Felipe se harían señores del mundo; que si Venecia no impedía rebajar la Santa Sede, no encontraría ningún otro apoyo á su libertad; que puestos en posesión de Nápoles y Milán los hijos del Rey de Francia, se harían muy pronto italianos, de quiénes no sería difícil desembarazarse cuando fuere menester; porque la experiencia pasada muestra que los franceses no saben ni pueden permanecer largo tiempo en Italia, mientras que los españoles son como la grama que prende y toma raíces allí donde se establece y agarra». Namèche, obra citada, volumen 1.º, págs. 60 y 61.

intolerables. Nadie ignora que aquel Carlos Carafa, sobrino del Papa, fué tan amigo de venganzas y desdichado, que acabó la vida sufriendo garrote en la Torre de Adriano, á los tres años de vestir la púrpura sagrada. Y todo ello por sentencia pronunciada en Consistorio público, al cual, dicen, asistió el Cardenal Alejandrino, más tarde Sumo Pontífice, hoy llamado entre cristianos San Pío V. Es cosa notoria que, arrastrado Paulo IV de sus parientes y astutos consejeros, despidió de su casa á cuantos mayordomos y criados parecieron tener algún afecto á la corona de España. Cerrados, se dice, por un momento los ojos de Padre común de los cristianos, abrió los de Rey temporal, y con ellos dióse á encarcelar vasallos españoles, entregando el gobierno de Roma á personajes franceses, considerados en general como gentes de poco respeto y ménos dignidad ¹.

Las causas, ó si se quiere ocasiones, por donde comenzaron las hostilidades entre el Rey de Roma y el de España, fueron, según los escritores de aquel tiempo, la cólera del Pontífice atizada por la codicia y despecho de los suyos, que odiaban desde antiguo la preponderancia de los españoles. Citan además el enojo grandísimo del Pontífice contra el Cardenal de Santa Flor por haber ordenado que dos galeras de su hermano el Prior de Lombardía se pusiesen al servicio de la nación española. En el cual momento fué reducido á prisión aquel Cardenal, sin poder lograr la libertad sino cuando volvieron las galeras al puerto de Civitavecchia. Y, en fin, acabó de exacerbar el ánimo del Padre Santo aquel negarse el Colona Marco Antonio á comparecer en Roma temiendo violencia contra su persona. El Pontífice, por modo inexorable, se apoderó de sus bienes y sus pueblos, entregándolos á sus parientes y servidores ². Entrambos personajes, Colona y Santa Flor, pidieron

¹ Salazar de Mendoza en su *Monarquía*, lugares citados: «Antes que este año se acabase, movió (el Papa) la guerra y perturbó la paz en odio del Emperador, moviéndose contra Marco Antonio Colona y tratando con el Rey de Francia de ganar el reino de Nápoles.» *Historia del Emperador Carlos V, Rey de España*, escrita por el maestro D. Fr. Prudencio de Sandoval, Obispo de Pamplona, tomo IX, pág. 78: Madrid, 1847.

² «Despachó Bula de privacion de los Estados contra Marco An-

auxilio á la corona de España, alegando que padecían persecución de los Carafas por haber sido y mantenerse leales á la dinastía austriaca. «Como Marco Antonio se vió así despojado, y el Cardenal de Santa Flor preso, acudieron al Emperador y á Felipe su hijo, suplicándoles mirasen por ellos, pues era cierto que por ser sus servidores padecían el odio antiguo que los Carafas tenían á las cosas del Emperador ¹.

Pasados estos primeros sucesos, comenzó Paulo IV á ponerse en actitud belicosa contra los españoles, y de ello dió cuenta á su Rey el marqués de Sarriá, embajador entonces en la Corte romana, y el cual hizo grandes esfuerzos por evitar la guerra. No quisieron ni Carlos V ni el Rey, su hijo, usar del derecho que les amparaba contra el Pontífice; antes le enviaron, por manera humilde, embajador extraordinario, que lo fué Garcilaso de la Vega, suplicándole con mucha blandura perdón para el Cardenal y Marco Antonio. Fueron inútiles los pasos dados por Sarriá y Garcilaso con ánimo de apartar al Pontífice de la alianza hecha ya en aquella sazón con las armas francesas, que andaban en tratos con las del Gran Turco, enemigo implacable de la cristiandad. «Envió el Papa dos legados; uno á España y otro á Francia: uno para hacer la liga, y el otro para predicar paces, instando mucho porque los venecianos se uniesen á la liga, y ofreciéndoles á Sicilia» ².

Agotadas las diligencias extraordinarias de Felipe II y del Emperador su padre para aplacar el furor incomprensible de Su Santidad, no se pusieron en armas, sino que procuraron en todo pagar los desaires pontificios con actos de respetuosa humildad. El Papa, no obstante, siguió sus ataques contra Espa-

tonio con estrechas y horribles cláusulas de excomunion y maldicion contra sus defensores, y por otra invistió á D. Juan Carrafa conde de Montorio del Ducado de Paliano..... Varios Cardenales se negaron á firmar la Bula.» *Historia de Felipe II*, por Luis Cabrera de Corboba, libro 2.º, pág. 33: Madrid, 1619.

¹ Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V*, tomo IX, pág. 80.

² Salazar de Mendoza, tomo II, libro 4.º de su *Monarquía*. Lo que en verdad disimula algo el encono que al parecer y decir de los historiadores, tuvo entonces el Pontífice contra el incomparable poder de la Nación española, es el amor á la independencia de Italia.

ña, revocando las gracias de Cruzada y Cuarta concedidas por sus predecesores, para la defensa contra infieles. Tan inesperado suceso abrió los ojos al Rey Felipe, comenzando entonces á ver la guerra como inevitable. Sin embargo, antes de hacer preparativo alguno bélico, quiso tranquilizar su conciencia y proceder como Príncipe cristiano. «Sé, dice Sandoval, que el Emperador y su hijo el Rey consultaron con todos los hombres doctos de la cristiandad, si era lícita esta guerra, y vistas las causas determinaron, como parece por sus firmas, que están en el archivo de Simancas, que el Emperador y el Rey su hijo tenían muy justificada su causa, y el Papa nó, y que era lícita y justificada la guerra que contra él hacían»¹. Al mismo tiempo seguía en Roma el embajador español usando de todos los medios imaginables para atraer el ánimo desorientado de Su Santidad, pero siempre en vano. «D. Fernan Ruiz de Castro, marqués de Sarriá, embajador, *le suplicó de rodillas que desistiese* para evitar el escándalo y la perturbación del orbe cristiano; y le respondió con malos tratamientos de palabra y obra»².

A pesar de todo, no podía el Rey Prudente concebir que sus ejércitos hubiesen de pelear ni por un solo momento contra el Vicario de Dios en la tierra. Por lo cual envió instrucciones á Garcilaso de la Vega desde Bruselas en Octubre de 1555, para que nuevamente se acercase á Su Santidad manifestándole su obediencia y respeto ilimitado, los bienes y servicios sin cuento que en todas partes, singularmente en Inglaterra, acababa de reportar á la causa de la verdad y de la Iglesia. Advertíale S. M. con especial empeño, que presentándose al Vicario de Jesucristo se hubiese con la templanza y el respeto filial que de justicia se le debe. «Siempre, añade Sandoval, este Príncipe cristianísimo tuvo este buen miramiento digno de su real pecho. Encargábale otras cosas todas enderezadas á sosegar al Papa: escribe al Cardenal de Santa Flor, y á Doña Juana de Aragón y á otros agraviados consolándolos y pidiendo procuren

¹ Sandoval, *Historia de Carlos V*, tomo IX, pág. 84.

² Salazar de Mendoza, en el tomo y capítulo citados de la *Monarquía de España*.

en cuanto pudieren sujetarse al Papa y agradarle, y junto con ésto ofreciéndoles su favor.» Por donde se ve cómo Felipe II no dejó camino alguno por andar para atraer á razón al Pontífice Romano, quien sin descuidarse continuaba haciendo aprestos para la guerra y estrechando más y más los lazos de la liga con los franceses¹.

El resultado de tantas embajadas y tantos actos de humildad del Rey Felipe por aplacar á Paulo IV, fué quedar encerrado en un calabozo Garcilaso de la Vega, señor de Batres y de Cuerva. Quince meses permaneció sujeto en el castillo de Santo Angelo, y con él otros ministros de D. Felipe; entre ellos el Correo Mayor Juan Antonio de Tasis y el abad Buceño, traído á Roma desde Bolonia. Y no se diga que España daba motivos para tan duro proceder de Su Santidad, porque hasta las instrucciones mismas que llevaban los enviados del Rey Católico eran, como dice Mendoza, reverentísimas y humildísimas. Testifica este escritor de aquellos tiempos haberlas visto en poder de un hijo de Garcilaso de la Vega llamado Pedro, y de Guzmán, conde de los Arcos, primer mayordomo de Don Felipe IV². Mas para dejar las cosas en su punto y decir la verdad toda, Garcilaso de la Vega no debió llevar á cabo su misión en un todo conforme con las instrucciones y mente de su Monarca. Porque el celebrado Obispo de Pamplona ofrece algunas frases que lo declaran. «Esta embajada, dice, hizo Garcilaso de la Vega con la misma diligencia y valor que el Emperador y Rey se la había encomendado. Y mostró tantos aceros al Papa, que sin miedo, ni recelo del peligro de su vida, que le tuvo muy grande, después de quince meses de muy apretada prision en el castillo de San Angel, por el mucho brío y valor con que le fué á la mano. Y *le dijo secamente* muchas verdades que le escocieron. Y en Roma se estimó el valor grande de Garcilaso, y dura hasta hoy día su memoria»³.

¹ Sandoval, Obispo de Pamplona, tomo IX de la *Historia del Emperador Carlos V*, pág. 86.

² Salazar de Mendoza, *Monarquía de España*, tomo II, libro 4.º, manuscrito de Toledo.

³ Prudencio de Sandoval, tomo IX, cap. XXXI, págs. 86 y 87. El

Los malos tratamientos del Papa á los ministros de España iban convenciendo á S. M. Católica que no había ya remedio, sinó responder á las provocaciones de los enemigos con las armas en la mano. Pero antes de tomarlas quiso aún oír de nuevo el parecer de los sabios y doctores de sus Estados. Trató el asunto detenidamente con varones muy virtuosos, encomendándolo á sus luces y saber. Oyó después á los maestros de las universidades principales de sus reinos, á quienes había propuesto varias cuestiones sobre aquel punto delicadísimo. Y todos ellos respondieron unánimes que en semejante caso el Romano Pontífice se mostraba agresor, y consiguientemente, que la guerra movida por él y los aliados era inicua y ofensiva. Y añadían, que bien pensado el negocio, S. M. estaba obligado por derecho natural y de gentes á la defensa de su real persona, de sus vasallos y Estados por tener prestado juramento de que los defendería como tutor á sus pupilos. Y decían más: que cuanto el Rey no hiciese en tal sentido se había de atribuir á flaqueza y temor; pero no á respeto y obediencia de hijo para con el Padre Santo. Y en fin, que todo junto acarrearía sin duda consecuencias deplorables á la nación española por parte de las cortes europeas ¹.

«La primera razón es, decía Melchor Cano, por la fidelidad

rigor usado con Garcilaso, aparte de la predisposición romana de entonces contra los españoles, pudo haberse acrecentado por imprudencias suyas cometidas para reparar en algo las violencias con que se le atacaba, singularmente en lo relativo á las comunicaciones con Su Majestad y el duque de Alba. «Junto á Terracina, en la marina al Poniente de Gaeta, quitaron á un correo los soldados del Pontífice advertidos ya, unos despachos para el duque de Alba. Descifrado lo escrito en Venecia, curiosamente, decía Paulo, avisaba Garcilaso al duque del estado de Roma, y que si la acometiese brevemente la entregaría.» Cabrera, *Historia de Felipe II*, libro 2.^o, pág. 57: Madrid, 1519.

¹ «Que lo que el Rey no hiciese en defensa suya y de los vasallos no se atribuiría á temor de Dios, ni á respeto y obediencia á la Santa Sede, sinó á flaqueza y miedo. Que esto traería de todas las cortes de Europa terribles consecuencias contra España. Que los escándalos que surgieren serían farisáicos. Que el Papa en esta ocasión es Príncipe temporal, invasor y agresor en liga con Francia y otros reinos.» Salazar de Mendoza, *Monarquía*, tomo y libro citados.

que los reyes deben á sus reinos y reverencia al nombre de Dios, al qual juraron de amparar y de defender las tierras que están debaxo de su mando y gobierno de qualquier persona que pretendiere hacerles fuerza y agravio: que si á un hombre le hiziesen tutor de pupilos, por ley y fidelidad de tutoría era obligado á volver por ellos, y no permitir que fuesen despojados de sus bienes, aunque fuese su padre natural el que quisiese hacer este despojo y sinrazon. Y pues que V. M. es más que padre de sus reinos, imprudente y loca teología sería la que pusiese escrúpulo en esta defensa, por temor de los escándalos é inconvenientes que de la defensa se siguen; porque no se siguen de la defensa, si bien se mira, sinó de la ofensa que Su Santidad hace á V. M... y quien quisiere atribuir á la defensa justa los males que nacen de la guerra injustamente movida no tiene theología, ni en buena razón de hombres sería admitido; pues es cosa evidente, que no sería escándalo de pequeños, sinó de fariseos; ni sería escándalo dado, sinó recibido el que se tomase de que un rey defendiese sus reinos de quien se los quisiese tomar injustamente.» Añadía después muchas otras razones solidísimas ¹.

Habiendo pensado el Rey maduramente el dictamen de los sabios; considerando que muchos teólogos le aseguraban con fuertes razones que no solamente podía llevar adelante tan justa guerra, sino que también recobrar gastos, costas y daños de quien la suscitaba, envió órdenes al virey de Nápoles, D. Fernando Alvarez de Toledo, el famoso duque de Alba, para que se preparase á poner en razón al Pontífice y demás enemigos de España. Y como el de Alba era caballero tan piadoso y tan cristiano, hizo aún, por insinuación de S. M., nuevos y supremos esfuerzos por apartar al Papa de tan escandalosa empresa y alianza. Mas contestósele de Roma que era ya tarde por ser mucho el dinero empleado en armas y otros pertrechos de guerra. A esto replicó en seguida el duque ofreciendo generosamente buena suma de dineros para resarcimiento de gastos. Y siguió escribiendo muchas cartas á Su Santidad y á varios

¹ *Vida de Melchor Cano*, por D. Fermín Caballero; apéndice número 2, págs. 115 y 116: Madrid, 1871.

Cardenales, poniéndoles siempre delante los inevitables daños que aquella guerra había de traer á la Iglesia y á la fe católica. Tampoco estas últimas diligencias del pío duque tuvieron buen resultado. Logró al principio respuestas evasivas; y al fin desaires y desprecios ¹.

II.

EL MISMO PUNTO.

Reunidas, finalmente, tropas suficientes de infantería, artillería y caballería, se puso al frente de ellas el duque de Alba, quien según marchaba con sus tercios iba venciendo cuantos obstáculos de guerra le oponían los Carrafas, capitanes valientes del ejército del Papa. El cual ejército no tardó mucho en experimentar el valor y formidable acometimiento de los españoles, y como consecuencia ahora de escaramuzas, y ahora de batallas formales comenzó á temer y á replegarse. «Encontráronse los descubridores, dice Cabrera, y escaramuzando cargó el conde de Pópulo los enemigos, y empantanados, prendió al conde Rangone, su alférez y estandarte, casi todos los soldados y de la compañía de Bartolomé del Monte... Salvóse en Roma venturosamente el Cardenal, y el conde fué como victorioso en el ejército saludado.» Con el mismo arrojo caminó el ejército del Rey católico hasta poner cerco al puerto de Ostia,

¹ «El virey de Nápoles, Vicario general de Italia, D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, hizo extraordinarias diligencias para aplacar al Papa, y hasta le ofreció una gruesa suma por los gastos hechos. Escribióle muchas cartas y otras á los Cardenales, protestándoles con mucho acatamiento los daños y escándalos que habían de nacer de la guerra.» *Monarquía de España*, tomo II, lib. 4.º, Ms. de Toledo. Véase también Cabrera en el lib. 2.º, pág. 85, de su *Historia de D. Felipe*, donde se lee que el duque rogó mucho por escrito al Papa que «asentase paz como á la Iglesia convenia i no diese lugar á derramamiento de sangre entre cristianos; porque estaba presto como para tomar las armas para dexarlas, i servir á S. S. en quanto le fuese posible.»

y con ello terror á la ciudad de Roma. Desde luego, y guiados del arte de guerrear, levantaron los sitiadores baluarte formidable, desde el cual, por espacio de siete días combatieron los gruesos muros del puerto, hasta que abrieron brecha, gracias á las medidas acertadas del duque. Dióse el asalto general con arrojo, pero no sin fatigas y pérdidas sensibles. El resultado fué alcanzar nueva y grande victoria ¹.

Alguno empujó entonces al duque vencedor á entrar en Roma por la fuerza; pero su gran cristiandad, el respeto al Vicario de Cristo y la inocencia del pueblo, se lo impidieron. Griten cuanto quieran los ignorantes de la verdadera historia, el saco de Roma en el reinado de D. Felipe el Prudente no tuvo lugar, sino en la imaginación acalorada de los enemigos fieros del Rey. Para testimonio de ello dejó Cabrera, historiador de aquel tiempo, escrito lo que aquí sigue: «Instaban con el de Alba los del Consejo, y más Ascanio de la Corgna en que asaltase á Roma, que no se le daría sino un saquillo á la ligera. El Duque porque se le desharia el ejército enriquecido con la ganancia, y por no dañar los inocentes *no se dexó persuadir*» ². Por donde se ve con toda claridad, cómo el de Alba no quiso, ni permitió que se entrase en Roma para saquearla poco ni mucho. Por consiguiente, no se puede tolerar el oír que Don Felipe II destruyó con sus ejércitos por manera implacable la capital del orbe católico.

Las victorias de los españoles y el continuo desmayar del ejército del Papa infundieron en los ánimos vivos deseos de paz. Los Príncipes eclesiásticos y seglares veían al duque de Alba y á los suyos aproximarse á Roma, precisamente cuando el ejército francés recibía órdenes de abandonar á Italia para acudir sin tardanza al socorro de San Quintín, plaza fortísima

¹ «Mandó el duque asaltar la batería, primero á las compañías de Francisco de Latolfa y Domingo de Máximo, y cinco envió contra la torre quadrada, donde, amparadas de un terrero de los tiros del castillo, avian de acometer en descubriéndose, dándoles calor Vespasiano Gonzaga con las demás..... Afligió á Roma la victoria y asentaron los Carrafas por medio del de Santa Flor con el duque, tregua por veinte dias.» *Luis Cabrera de Córdoba*, lib. 2.º, pág. 103.

² *Historia de Felipe II*, lib. 2.º, cap. 14, pág. 102: Madrid, 1619.